

El uso político de la historia en el proceso de construcción de la nacionalidad argentina²

Por Catalina de Paul



Esta investigación se propuso estudiar los usos que las elites político-intelectuales locales hicieron de la figura de Manuel Belgrano entre 1857 y 1910, en el proyecto de construcción de la nacionalidad argentina efectuado a lo largo de aquellos años. En una primera instancia se analizó al objeto de estudio en el campo de la historiografía nacida con Bartolomé Mitre en 1858 hasta la llegada de los festejos del Centenario de la Revolución de Mayo en 1910. Las observaciones delineadas en aquel plano fueron luego reinterpretadas desde los usos que conllevó la representación de la figura en la materialización urbana de la ciudad, dentro de los procesos de decoración patriótica que el espacio público presencié en su remodelación y en los simbólicos monumentos y plazas que se alzaron en su suelo antes del Centenario. La tesis propone repensar los usos estratégicos que se han hecho de la historia durante el proceso de construcción de una identidad

²Capítulo de la tesis de Catalina de Paul: “Un Prócer para la Nación Argentina: Los usos de la figura de Manuel Belgrano en el proceso de construcción de la nacionalidad, 1857-1910” dirigida por Claudia Shmidt. Graduada de la Licenciatura en Historia en 2012.

política nacional en las etapas constitutivas del país, y permite observar qué funcionalidades se condensaron en la figura de Manuel Belgrano en particular, sobre todo por su automática (y políticamente construida) asociación con la bandera argentina, un símbolo de identidad de alcance nacional.

El uso político de la historia y el nacimiento de la historiografía nacional

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX argentino renació el proyecto de construcción de la nacionalidad que hacia 1837 había encontrado sus promotores en la Generación Romántica. Con una fuerza renovada, el movimiento adquirió nuevas características y logró amplias bases organizativas, otorgándole un tinte local a un proceso común a todas las naciones en vías de formación y consolidación. En aquellos veinte años que cerraron el inestable siglo XIX ubicó la historiadora Lilia Ana Bertoni (2001) el fervor de la construcción de la nacionalidad argentina, a la que juzgó íntimamente relacionada con la simultánea construcción del relato de la historia nacional. Explicó cómo un cambio en la segunda provocaba automáticamente una alteración en la concepción de la primera. Qué tipo de nacionalidad se buscaba erigir, y por ende qué historia contar fueron, en los 1880s y 1890s, cuestiones sobre las que las elites políticas del país tomaron conciencia. La nacionalidad debió formarse como contenido de la idea de nación que había que afirmar frente al potencial destructivo percibido en ciertas amenazas a la soberanía e integridad del territorio, vistas concretamente en la carrera imperialista de las grandes potencias europeas y la llegada de una inmigración masiva al país (Bertoni; 2001).

La tesis buscó entender qué lugar se le concedió a la figura del prócer en general, y cómo se lo representó a Manuel Belgrano en particular, en el emprendimiento elitista de educación cívica de los ciudadanos desde 1857 hasta 1910. Si la nacionalidad se ensambló de numerosos modos y por diferentes canales, este trabajo se limitó al de la Historia, un componente esencial de la misma. Como explicó Eric Hobsbawm (1983), ‘todas las tradiciones inventadas... usan la historia como legitimadora de la acción y cimienta de la cohesión de grupo... por medio de sus propios héroes y mártires.’

En 1857 se publicó la *Galería de Celebridades Argentinas*, una compilación que reunía biografías de personalidades ilustres del pasado argentino. En ella Bartolomé Mitre esbozaría una acotada biografía de Manuel Belgrano, que un año más tarde se convertiría en la obra fundacional de la historiografía argentina, *Historia de Belgrano*. Surgida a partir de un encargo del director de la colección, Juan María Gutiérrez, aquel artículo se inscribió en la serie que agrupó a ciertas figuras del pasado enalteciéndolas por su contribución a la causa *nacional* –casualmente todas habían servido al bando porteño durante la guerra civil. En la ‘Introducción’, Mitre lamentó la ausencia de Dorrego, Saavedra y Güemes en el compilado, aunque las definió como ‘otro género de celebridades’³ –no dignas de ser posicionadas a la par de Belgrano. Como sostuvo Nicolás Shumway en *La Invención de la Argentina*, Mitre aludía a la ‘distorsión reduccionista popularizada por Sarmiento según la cual la política argentina no era más que un combate épico entre civilización y barbarie, con Moreno Rivadavia y la minoría ilustrada porteña de un lado, y los Atilas de las pampas del otro’ (Shumway; 1991; 227):

La Galería de Celebridades Argentinas no comprenderá sino los retratos y las biografías... de los que tienen derecho a la gratitud de sus descendientes. Esta obra es... un monumento erigido a nuestros ilustres antepasados que consagraron su vida y sus afanes a la felicidad y a la gloria de la patria. La posteridad trasladará algún día sus cenizas al Panteón de los grandes hombres de la Nación Argentina. Mientras tanto, a la generación actual... Tócale el honor de dibujar sus retratos y escribir sus biografías, salvado así del olvido sus nobles facciones, sus hechos, y sus escritos memorables... En esas vidas encontrará la generación actual modelos dignos de imitarse...

Bartolomé Mitre, 1857

Juan M. Gutiérrez demostró la misma intención de generar un panteón moralizante a través de lo que Nora Pagano (2009) llamó una ‘voluntad cívico-política e historiográfica-literaria’:

³ También Artigas, López, Quiroga, Ibarra, entre otros, pertenecían a ese género de celebridades secundarias.

Los hombres notables de la revolución argentina... soportan bajo sus humildes sepulcros el doble peso de la losa y de la indiferencia... El viento de nuestras querellas ha llevado en pedazos a nuestros viejos próceres. Es preciso buscar la huella de sus pasos... Es necesario lavar de sobre ellos las manchas de lodo con que les salpicó el carro revolucionario... colocarles en dignos pedestales, a fin de que la juventud les veneren...

El objetivo entonces era resucitar al muerto ilustre para erigirlo como garante del nuevo orden social. Al convertir su artículo sobre Belgrano en una historia de la independencia argentina, Mitre imprimió a los objetivos de la *Galería* una dimensión de alcance mucho mayor. Pareciera irrelevante preguntarse si Mitre entendió efectivamente la historia de la forma en que la escribió o si fue pura estrategia política. Lo relevante es que la consideró adecuada al lector para el cual estaba dirigido su libro, al cual le pronosticó un público popular. La *Historia de Belgrano* y las reacciones que aquella obra provocó son el punto de partida de este trabajo. Es un punto de inicio convencional puesto que el texto además de inaugurar una versión ‘propia y honesta’ del pasado nacional, lo hizo con la figura de Belgrano a la cabecera.

No sería hasta la tercera edición de 1876/77 que el autor actualizaría su texto en base a nuevas investigaciones y observaciones a corregir. En ella el título se expandió e incorporó a la *Historia de Belgrano*, la de la *Independencia argentina*. A su vez, Mitre agregó el capítulo de apertura sobre ‘La Sociabilidad argentina’, mediante el cual buscó asentar su interpretación sobre los orígenes de la nación. Esta obra ha sido el motivo de numerosos y acalorados debates, tanto en los tiempos de su publicación como a lo largo de la evolución historiográfica argentina. Debido a que dicha obra fue una expansión de la *Historia de Belgrano* de 1858, se ha consensuado en aquel año el nacimiento de la historiografía del país ya que se la consideró el primer intento ‘serio’ de relatar el pasado *nacional*. Esta percepción de seriedad estuvo asociada a la progresiva consolidación de la figura del historiador como el indicado para la escritura de la historia –a diferencia del mero memorialista, opinador, o periodista- debido, particularmente, al uso de documentos y fuentes que respaldaban la historia contada. En ello se vislumbra la influencia de referentes externos como Guizot y Taine que veían la particularidad de la escritura de la historia en

la confrontación de fuentes con carácter probatorio y en la operación técnica que suponía el compromiso de la narración histórica con su base heurística (Devoto y Pagano; 2009). Esto se inscribió en el creciente interés de los intelectuales porteños por incorporar los conocimientos de los intelectuales del exterior, sobre todo europeos. Los primeros historiadores ‘eruditos’ –rótulo con el que Mitre fue catalogado- de la Argentina incorporaron las actitudes hacia la historia que tenían los hombres de Estado de naciones europeas, sobre todo de los republicanos franceses.

En *La Historia como Desciframiento*, Lionel Gossman analizó la restauración de la casa Borbón en el trono francés a modo de una empresa tanto ideológica como política que, durante el período 1815-1848 y en consonancia con los demás regímenes post-revolucionarios en Europa, buscó a través de filósofos, abogados e historiadores proveer de fundamentos convincentes la vuelta del viejo poder. Es así que la escritura de la historia se concibió en términos mediadores para lidiar con un ‘nuevo orden social post-revolucionario’ que requería ‘que las aparentes discontinuidades y rupturas se mostrasen como resueltas en una continuidad superior, usualmente denominada *progreso*’ (Gossman; 1986; 12). Al mismo tiempo, en la Generación del ’37 del Río de la Plata, los textos de autores románticos buscaban encarrilar a un país en vías de construcción mediante la creación forzada de una nacionalidad postulada a través de la identidad política definida como ‘argentinos’. En ambos procesos se le concedió gran relevancia a la narración de los hechos del pasado para ofrecer una comprensión determinada del presente político. Es en los tiempos de Mitre donde Gossman señaló el auge de historiadores que contaron la historia a través de ‘héroes’ y ‘hombres representativos’ como protagonistas de los acontecimientos narrados, y que, al mismo tiempo, buscaban equipararse con aquellos personajes de la historia. Haciendo uso de esa práctica, Mitre construyó la historia argentina al narrarla y, en el centro de la misma, inventó un prócer.

Los primeros debates historiográficos

Hacia 1925, Rómulo Carbia en *Historia de la Historiografía Argentina*, coronó a Mitre como el padre de la *historia erudita* en oposición a otra tradición historiográfica central de

aquellos tiempos, la *historia filosofante*, identificada con Vicente Fidel López. Aquella observación bifronte fue producto de los debates que encarnaron ambas figuras a principios de la década de 1880 al intentar defender sus respectivas versiones de la historia nacional. El trabajo de Mitre no sólo cobró críticas de López, sino que Dalmacio Vélez Sarsfield y Juan Bautista Alberdi también habían manifestado sus objeciones. Aquellos encuentros pusieron al descubierto dos elementos: En primer lugar, la falta de consentimiento alrededor de las condiciones metodológicas y técnicas que la escritura de la historia debía cumplir para constituirse como tal; y en segundo lugar, la utilidad que esa historia comenzaba a tener en términos políticos, dada su funcionalidad en un contexto de construcción de Estado e identidad. Natalio Botana (1991) lo observó de la siguiente manera: ‘Cuando una revolución deja abierto el conflicto por la legitimidad, el pasado, como el presente es un campo de batalla y un objeto de apropiación.’

Es así que Mitre utilizó su libro para ejecutar una maniobra estratégica que consistió en dotar a un territorio sin unidad política ni instituciones, con una historia común. De esta manera impuso un relato identitario que buscó crear un sentido de nacionalidad mediante la exaltación de ciertas figuras y la creación de ídolos. No es casual que la publicación del libro de Mitre haya sido en el mismo momento en que los autonomistas ganaron las elecciones en Buenos Aires, convirtiendo a Valentín Alsina en el gobernador de la provincia. Si Mitre encarnaba el bando de los llamados ‘nacionalistas’, que buscaba una unión de Buenos Aires con la Confederación mediante un liderazgo del gobierno central en detrimento del Litoral, Alsina encabezaba la postura ‘autonomista’ que demandaba una autonomía mucho más radical de la provincia. En este sentido, la *Historia de Belgrano* apeló a la *totalidad* de la nación, concediéndole mediante las letras una unidad que se pretendía irrefutable.

En definitiva, lo que se buscó construir fue una ‘comunidad imaginada’ (Anderson; 1983), es decir, un grupo de individuos que comenzara a percibirse con una unidad construida socialmente bajo la forma de la *nación* y todo lo que a ella la distinguía de otras –lo que en su forma más básica encontraba esa historia nacional. Esta manera de imaginar la unidad del pueblo argentino precisó de la *invención de tradiciones*. Como se verá, estos procesos estuvieron presentes a lo largo de todo el período transcurrido desde 1857 hasta 1910, aunque a veces bajo di-

ferentes formas, y promovidos por diferentes personalidades. Uno de los momentos en los que se apreció más nítidamente la necesidad de estas operaciones fueron las décadas de 1880 y 1890 con la significación de signos como la bandera nacional, el himno nacional, y el panteón moralizante de hombres ilustres.

El 4 de marzo de 1854 Mitre había pronunciado frente a la Asamblea Constituyente – que se había propuesto en esa ocasión reflexionar sobre la futura anexión de Buenos Aires a la Confederación-, su famoso discurso sobre la nación preexistente:

Hay señores, un pacto, un derecho, una ley anterior y superior a toda Constitución, a esta Constitución, así como a cualquiera otra que nos demos más adelante. Hay señores, una nación preexistente, y esa nación es nuestra patria, la patria de los argentinos.

Este tipo de razonamiento sobre la unidad predeterminada del Estado que se estaba formando fue la clave que rigió en la versión mitrista de la historia nacional. Fue un legado de su experiencia intelectual en la Generación del '37, cuya actividad histórico-literaria estuvo signada por dos acciones en tensión: la intención de otorgar a la organización constitucional de la nación la idea mítica de una nacionalidad preexistente, y el 'reconocimiento de la necesariamente previa creación de esa nacionalidad dado lo evidente de su inexistencia' (Chiaramonte; 1997; 251).

La aparición de un texto fundacional de la historia argentina basada en el accionar de un prócer no tardó en provocar la reacción de críticos que, a través de sus correcciones y propuestas, buscaron exponer las debilidades y trampas del relato mitrista. La expansión del asociacionismo y de la prensa periódica en la segunda mitad del siglo XIX encuadró los debates intelectuales en un afán por habilitarlos al conocimiento público. Este mecanismo permitió que los exponentes de cada versión de la historia se hiciera conocido por sus argumentos, inspirando una conciencia socio-histórica, y en definitiva política, en los lectores, el potencial prosélito. Los políticos, los hombres de letras, los publicistas y otros tipos de hombres públicos, empezaron a

volcarse hacia el ciudadano a través de su pedagogía cívica en estos órganos de discusión, que de a poco abrían sus erudiciones históricamente reducidas a la elegancia de las tertulias excluyentes, hacia un paisaje –en términos relativos- menos clasista.

Las posturas enfrentadas aparte de –y más que- reflexionar sobre el pasado, ponían de manifiesto las tensiones entre las facciones en pugna del presente político; el terreno de la historia se tornaba en repetidas ocasiones en un pretexto para la crítica contemporánea.

El debate se abrió con una serie de artículos escritos por Dalmacio Vélez Sarsfield hacia 1864 en su periódico, *El Nacional*. Sus objeciones a la *Historia de Belgrano* fueron respondidas por el presidente Mitre en *La Nación Argentina*, diario que pronto después sería rebautizado como *La Nación* bajo su dirección. El ida y vuelta de esta polémica fue rápidamente –ese mismo año- reeditado en forma de libros: *Rectificaciones históricas: General Belgrano, General Güemes*, de Vélez Sarsfield, y *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo: Belgrano y Güemes*, de Mitre.

Una de las preocupaciones más enfatizadas por Vélez Sarsfield fue la exaltación del liderazgo porteño, representado en la imagen creada alrededor de la figura de Manuel Belgrano, en detrimento del papel jugado por las masas y sus caudillos en el movimiento por la independencia. Consideró que Mitre había sobreestimado la relevancia de Belgrano y desatendido la importancia de los pueblos de las provincias en los acontecimientos relatados. Reivindicaba de esta forma a la figura de Güemes, colocándolo a la par de San Martín y Simón Bolívar en el imaginario de los grandes hombres argentinos. Aquellos ajustes que le hacía el cordobés a Mitre se traducían en críticas indirectas hacia la política contemporánea de un territorio que se encontraba sumergido en un contexto donde los resentimientos provinciales tras la Batalla de Pavón y los indicios de un estallido bélico contra el Paraguay estaban a flor de piel (Devoto y Pagano; 2009). Hacer de Manuel Belgrano un héroe de la historia nacional, explicitaba según Vélez Sarsfield, a tan sólo dos años de la unificación de Buenos Aires con la Confederación, ese criterio porteño que se proyectaba en una voluntad por dominar a un territorio *inferior*, al que se consideraba carente de héroes propios y por ende, en condición de ser abastecido con tales.

La narración de los hechos por Vélez Sarsfield invertía la lógica del texto de Mitre al atribuir a los pueblos, y no a los jefes cívico-militares, los actos heroicos que condujeron al triunfo independentista de las Provincias Unidas del Río de la Plata –ilustrado por ejemplo en los tucumanos que ofrecieron a un general desconocido (Belgrano) todos sus recursos cuando éste pasaba por la provincia hacia 1812 en la lucha contra los españoles. De esta manera, la supuesta indispensabilidad de Belgrano en la motivación revolucionaria de los pueblos era expuesta como una falsedad diseñada por un autor que quería ‘realzar a un hombre más allá de su verdadera medida’, condenando a los pueblos a un rol insultante. De esta manera, no sólo cuestionaba la obviedad del heroísmo belgraniano, sino que atacaba duramente el bastión que lo sostenía a Mitre en calidad de historiador: su uso de archivos y documentos. Mantuvo que debido a su apoyo en las fuentes, su historia estuvo condenada a la parcialidad desde el comienzo ya que éstas reflejaban los intereses de las clases altas y no la veracidad de los hechos:

Como las masas y sus líderes populares dejan pocos rastros escritos, su historia exige métodos que incluyan la leyenda, la tradición oral y los testimonios.

Es decir, el uso de documentos oficiales, de lo que Mitre tanto se jactaba, no contenían para Vélez Sarsfield la verdad de la historia. Estos reproches técnicos que le hacía a Mitre se daban en un momento en el cual el canon erudito de la narración histórica estaba definiendo su identidad, diferenciándose de aquellos géneros mencionados, como también del relato literario, de la biografía, la autobiografía y del género memorialístico. Esto mostraba la falta de consenso alrededor de cómo debía escribirse la historia y de qué fuentes debía nutrirse la misma, lo que ponía –y pone- en duda la fecha del surgimiento de la historiografía argentina. Cabe aclarar, no obstante, que si bien la práctica histórica se consolidaba cada vez más como una profesión autónoma, ésta nunca dejó de apoyarse en aquellos géneros de los que buscó separarse (Devoto y Pagano; 2009).

Mitre descalificó aquellas críticas por no estar apoyadas en pruebas documentales –y en consecuencia catalogó a sus juicios como un producto de una ‘palabra anónima y desautorizada’.

Registro de la Propiedad Intelectual. Todos los artículos han sido publicados con autorización del autor.

da'. A su vez lo criticó por inconsistente, ya que le discutió el lugar concedido a Belgrano en su relato, supuestamente despreciando la relevancia del accionar de los pueblos (y por inflar su imagen hasta hacerlo héroe), mientras que Vélez Sarsfield no había hecho algo tan distinto con al figura de Güemes. Así lo acusó de no comprender el sentido primero detrás de su obra y la maniobra 'bienintencionada' de la supuesta preeminencia de ciertos personajes en el relato de la independencia:

...ese libro, al cual parece reprochársele, sacrificar la influencia eficaz de los pueblos a la acción aislada de las individualidades históricas, fue precisamente escrito para despertar el sentimiento de la nacionalidad argentina, amortiguado entonces (1858) por la división de los pueblos.

En aquel año y en consonancia con Vélez Sarsfield, Juan Carlos Gómez había escrito sobre Mitre: 'los hechos se someten flexibles a su pluma de historiador.' La legitimidad de la obra mitrista se cuestionaba entonces desde dos frentes: el de la rigurosidad histórica y el de la maniobra política. En ninguno de los dos casos Mitre consideraba estar 'infamando a los pueblos'. Relatar los hechos de la historia independentista devenía, para él, en el natural cumplimiento de la estrategia política, pues en la 'transparente y fiel' investigación del historiador se desempolvaban estas ilustres personalidades a quienes el país tanto les debía. De esta manera, el texto de Mitre no solo era 'informativo', sino que también era reparador: sanaba la injusticia del olvido y de la indiferencia que la memoria nacional había contraído hacia Belgrano, contribuyendo a la causa de 'colocar sobre sus sienes inanimadas la corona tardía de la inmortalidad' (Mitre; 1858; 267).

Era importante para Mitre aclarar que 'Belgrano no era ciertamente un demócrata a la manera de Artigas y de Güemes, expresiones exageradas de la democracia.' En otras palabras, el prócer del biógrafo no era un 'demagogo furioso', ni un 'revolucionario de bando', pues 'nunca buscó la popularidad fácil ni halagó las pasiones vulgares, ni acaudilló banderas' (Mitre; 1858; 305). La separación de los protagonistas de la historia argentina entre hombres más y menos dignos de ser incorporados a la memoria nacional se daba en un contexto que parecía repetir

los hechos y someter a Mitre a la misma acción civilizadora que le había competido a Belgrano durante la guerra civil. La espada era ahora la pluma; a través de la escritura Mitre debía dibujar el pedestal sobre el cual se erigirían los verdaderos grandes hombres de la historia. Esto transcurría en un momento en que desde el interior del país se alzaban caudillos federales como el Chacho Peñaloza, Felipe Varela y Ricardo López Jordán, removiendo pasiones y desestabilizando la maniobra porteña por nacionalizar sus propios valores.

La discusión entre Vélez Sarsfield y Mitre fue catalogada por Juan Bautista Alberdi de ‘pueril’, ya que uno defendía a Belgrano, el otro destacaba a Güemes, pero ninguno entendía que la revolución y la independencia habían sido más que la vida de ciertos hombres enaltecidos. La preocupación por construir protagonistas, según Alberdi, los había cegado del panorama internacional que motivó y sentó las bases para que el proceso de la independencia fuera siquiera posible. Alberdi entendió la historia en términos causales, siendo la independencia argentina una más de las independencias americanas, ésta una fase de la revolución de España, que era a su vez producto de la francesa, y ésta última una consecuencia de la transformación por la que venía pasando Europa hacía tres siglos (Alberdi; 1912). El autor de *Las Bases* atacó sistemáticamente a Mitre y a su historia en *Grandes y Pequeños hombres del Plata*, publicado en 1912 desde París, pero concebido hacia 1865. Criticó el oportunismo de Mitre por relatar una historia funcional a sus objetivos políticos, y desprestigió su labor de presidente al burlarse de los paralelismos que Mitre trazaba entre él y su ídolo. Entre numerosas y arduas críticas que Alberdi le dedicó, las relevantes son dos: primero la creación de un héroe en Belgrano –y en San Martín; y segundo, el mal y convenido uso de los documentos para respaldar esa ‘falsa’ historia. Ambas observaciones fueron para Alberdi elementos que merecían una inmediata corrección dado las repercusiones que podía generar en una sociedad en ciernes un mal entendimiento del pasado, condicionando su comportamiento en el presente y comprometiendo su manejo del porvenir.

A su vez, Alberdi sostuvo que haber querido explicar la vida de Belgrano a través de la época en la que vivió fue inapropiado ya que Belgrano no había sido representativo de los tiempos de la independencia. Es decir, si bien su vida había coincidido con aquella época, no había que perder de vista que la independencia había sido solo una faz de la revolución y ni si-

quiera su punto central. Aquel, en cambio, había sido la creación de un gobierno nacional y libre, con lo que Belgrano había estado en ‘clara oposición’, según Alberdi. Tanto Belgrano como San Martín habían apoyado a un gobierno democrático de origen pero depositario en un soberano; la monarquía representativa fue para ellos la forma de gobierno más conveniente ‘para salvar las miras de la revolución de Mayo.’ De esta manera Alberdi señaló que la exaltación de aquellas figuras en la historia de Mitre estuvo asociada no tanto a lo que habían hecho estos hombres, si no a lo que habían *querido hacer* y quedó sin realización. Con ello no se refirió ya al plan monárquico del Carlismo ni al fallido esbozo de la monarquía incaica, sino a la acción de premiar al héroe por sus ideas y objetivos finales, en lugar de juzgar lo que efectivamente había logrado con sus acciones, y afirmó: ‘La posteridad es así: paga mejor las promesas que las obras; las esperanzas que las realidades. Mitre es órgano dócil de esa manera de administrar la justicia histórica’, y así concluyó ‘historiar es gobernar’ (Alberdi; 1912; 60).

A diferencia de Alberdi, Vicente Fidel López no pareció estar en desacuerdo con el afán mitrista por hacer de la historia una pedagogía cívica. Fidel López compartía con Thomas Macaulay la idea de que la historia fáctica pura era ‘de gran valor, pero un poco tediosa’ (López; 1883; 32). Con Pierre Lanfrey también concordaba que ‘La exposición de los hechos no ofrece a las investigaciones sino un interés limitado; pero las lecciones que se pueden sacar de ellos, pueden renovarse hasta el infinito. Ellas son las que dan a la historia su profundo atractivo, su benéfica influencia, su inagotable variedad...’ (1883; 35). López hizo propia la fórmula de Macaulay, quien concebía la narración histórica como una combinación de poesía y de filosofía capaz de ‘imprimir en el espíritu las verdades generales que representan al vivo los caracteres y los sucesos particulares’ (1883; 32). Aquellas ‘verdades generales’ se tradujeron en la obra de López, en una estructura explicativa construida en torno a un ‘fenómeno moral’ que se suponía presente a lo largo de toda la historia argentina. En el centro de esa moralidad había que ‘dar la realidad de la carne y de la sangre a los personajes históricos que pudieran presentársenos como personificaciones ideales y alegóricas de la leyenda...’ (1883; 32). Manuel Belgrano era uno de ellos. Lo cierto es que más que glorificarlo, lo que hizo López fue reivindicarlo; por momentos sus descripciones no fueron más que una justificación constante de su categorización como ‘gran hom-

bre' de la historia argentina. Por ejemplo, en referencia a la mala reputación que cobró el personaje tras haber liberado a los soldados realistas en Salta, el autor escribió:

Todos sabían que no era un carácter militar, que era un político inocente y sin calidades; pero su bondad y las virtudes personales que brillaban en todos sus actos, la sensatez tranquila de su conducta y su amor desinteresado por la disciplina hacían que se le disimulasen todas las condiciones de la carrera que le faltaban, y si en privado era a veces objeto de burlas por los hombres del campamento, nadie violaba en público la veneración y la gratitud con que todos lo miraban...

Pareciera haber sido una figura que inspiró lástima entre sus contemporáneos, incapaz de ejercer las cualidades del pragmatismo y del ingenio, pero sin embargo merecedor del respeto de la historia por otros atributos:

(Fue) el modelo más simpático de la abnegación inocente con que un patriota puro puede dedicar su vida al servicio de una renovación social que, si alguna vez le exigió más de lo que él podía darle, recibió lo bastante, con lo que dio, para dejar justificada la gloria de su nombre.

Diferente fue el caso de San Martín, quien, según López, 'no tenía ojos ni corazón para apreciar las vitales necesidades de la patria en que había nacido' (1883; 174). Aunque López y Mitre concordaron en los atributos que hicieron de Belgrano un héroe de la patria, los autores no lograron acordar respecto a otras cuestiones de la historia nacional, y por ello terminaron protagonizando un acalorado debate en la década de 1880.

La postura de Vicente Fidel López en el debate con Mitre fue vulgarizada en el término de *historia filosofante*, por su desaprobación de la centralidad y veracidad que las fuentes y los documentos parecían asegurar (y por su uso de la poesía y la filosofía en la escritura

histórica). Al igual que Mitre, López había vivido la experiencia del exilio y, como a toda la generación romántica, el destierro le otorgó a sus palabras una autoridad casi automática. Pero a López lo legitimaba sobre todo su pasado familiar: su padre, Vicente López y Planes, no sólo había sido el autor del himno nacional argentino en 1813, sino que también había sido un hombre público comprometido políticamente con el país; había sido secretario del Congreso Constituyente de 1824, ministro de Rivadavia, juez bajo Rosas, y presidente del salón literario *Marcos Sastre*. Este parentesco le facilitó a López hijo el contacto con varias figuras de la dirigencia post-revolucionaria (Devoto y Pagano; 2009), lo que enriqueció su producción tanto historiográfica como literaria. Al igual que Mitre, se constituyó en una personalidad pública y políticamente activa: como opositor a Rosas emigró a Uruguay y Chile, fue ministro de su padre, convencional constituyente en 1853, jurista, senador provincial y ministro de economía de Carlos Pellegrini. Como figura intelectual y hombre de letras sus características más destacadas fueron las de participar impulsivamente de la masonería, codirigir la *Revista del Río de la Plata* junto a J. M. Gutiérrez y A. Lamas, y ejercer el rectorado de la Universidad de Buenos Aires durante 1873-1876 (Devoto y Pagano; 2009).

La empresa histórica de una personalidad con semejante bagaje fue cuestionada tempranamente por Mitre, quien, en privado, escribió una carta a su colega Barros Arana comentando en tono desaprobador los artículos escritos por López en la revista que aquel dirigía. Dicha carta se hizo pública desatando el enérgico enfrentamiento historiográfico entre ambos. Historia *erudita* e historia *filosofante* se enfrentaban en una batalla épica por adueñarse del relato del pasado nacional. López recopiló sus argumentos, expandió y solidificó sus explicaciones, y los materializó en los diez tomos de su *Historia de la Republica argentina (sus orígenes, su revolución y su desarrollo político hasta 1852)*.

El punto central que le refutó a Mitre fue la idea de que la nación había preexistido a la revolución y a la independencia, una reflexión introducida por el autor de la *Historia de Belgrano* recién en la tercera edición de la obra en 1876, en su capítulo ‘La Sociabilidad argentina’. Con aquel nuevo capítulo Mitre introdujo lo que se llamaría la concepción genealogista de la nación; escribió la historia de sus orígenes encontrando en los lazos sociales de la época virreinal

el germen de la unidad, exclusividad, particularidad, y por ende, identidad, del territorio argentino. Natalio Botana interpretó al nuevo capítulo de Mitre como una aplicación de la idea del ‘punto de partida’ de Tocqueville –un comienzo que aportaba las bases sobre las que se comprenderían los procesos subsiguientes-, y del ‘determinismo’ de Mignet, comprendido como la imposición interpretativa de antemano de sucesos que todavía no habían ocurrido (Devoto y Pagano; 2009; 39); en otras palabras, un escudo habilitado para encuadrar el porvenir en explicaciones acordes al ‘destino manifiesto’ de la nación argentina.

En marcada contraposición con los pensadores de la Generación del ‘37, Mitre ubicó la singularidad de la nación argentina en el periodo colonial. Lejos de asociar a aquella etapa con los ‘atrasos hispánicos’, reivindicó su centralidad en la creación de la ‘republicana’ y ‘democrática’ Argentina. El carácter democrático de la nación argentina y su distinción de los territorios que fueron futuras naciones latinoamericanas, estaban anclados en el relato mitrista en la dinámica comercial que se había generado en el Río de la Plata con el contrabando y con la ausencia del represivo sistema de la mita. Mitre explicó que la mezcla de las razas europea, indígena y etiópica, posibilitó que ‘cuando llegó el día de la insurrección de la colonia, los antiguos libertos y los esclavos, tomaron las armas como hijos y hermanos de sus antiguos amos domésticos, se hicieron ciudadanos de la nueva democracia, formaron el núcleo de sus batallones veteranos, y derramaron generosamente su sangre al lago de razas y derechos, proclamando por la revolución de la independencia argentina’ (1877; 30). La descripción, además de ser un relato caricaturesco y heroico de la independencia, estableció que la democracia nacional había tenido sus orígenes en la etapa colonial, es decir, antes de la revolución de 1810 y de la independencia. Su manera de explicar la historia contribuía a ‘filiar la revolución explícitamente con fenómenos que habían impactado sobre todo a Buenos Aires, con lo que se proponía una explicación de la construcción de la autoconciencia criolla que relativizaba la dimensión americana y revalorizaba la excepcionalidad rioplatense’ (Devoto; 2002; 9). Por ejemplo, el énfasis puesto en las invasiones inglesas no era casual, habiendo sido aquel un episodio que solamente había movilizó a lo que sería Buenos Aires. En el mismo sentido podría leerse la supuesta centralidad de los lazos de sociabilidad surgidos en la dinámica comercial colonial en su relato explicativo de la democracia argen-

tina, ya que el régimen de comercio libre ‘había sido una inquietud sobre todo de la ciudad puerto’ (Devoto; 2002; 9). Es así que en la obra de Mitre, la fisonomía de la nación entera aparecía determinada por características porteñas y no propiamente nacionales. Todas estas cuestiones eran ensayadas por el biógrafo de Belgrano en momentos en que Buenos Aires y el interior saboreaban los resabios de los dos proyectos antagónicos de país que los había dividido una década entera (1852-1862). Y si bien después de Pavón ambos bloques se encontraban subsumidos a la autoridad presidencial de Mitre, no fue hasta 1880 que se logró a través del ‘Orden y Progreso’ combatir más eficazmente los efectos desestabilizadores de tres problemas irresueltos: el de la integridad territorial, el de la consagración de un orden político y el de la identidad nacional (Botana; 1974).

A menudo la historiografía ha unido a Mitre y a López en la acción compartida de presuponerle una existencia a la nación desde 1810. Dos errores hay en esa asunción: primero, Mitre la interpretó como una formalización organizacional de una nacionalidad mucho más vieja que 1810; segundo, López consideró que la Argentina nació recién con la declaración de la independencia el 9 de julio de 1816. En un afán por realzar la lealtad de los héroes en su historia, Mitre aclaró que hasta 1815 ningún hombre ilustre había gobernado más que en nombre del monarca cautivo. Aquello, sin embargo, contradecía la idea de que hubo siempre una nacionalidad inminente e irrefrenable durante el Virreinato, que culminaría en la consagración del país como tal: existía una tensión entre dos lealtades, aquella hacia el Rey de España, y la otra hacia el llamamiento natural de obedecer a la causa subversiva de la nacionalidad y la soberanía. ¿Cuánto era entonces atribuible a la genuina acción de los grandes hombres y cuánto al destino que ellos estaban llamados a satisfacer, en la obra de Mitre? Su manera de interpretar la historia discurría así por inconsistencias técnicas: ¿Cuán central a la independencia había sido Belgrano, si aquella estaba destinada a ocurrir de todas maneras?

López hizo frente a los mitos fundantes introducidos por Mitre, asomando una crítica similar a lo que en nuestros días se asocia con el debate entre historia académica e historia de divulgación. Mediante su estudio comparativo de Caracas y Buenos Aires entre 1808 y 1810, López (1883) arguyó:

...la más clara e incontrovertible impresión de que no hubo, en el Nuevo Mundo, ningún plan revolucionario, ni ninguna revolución. Se trata de una leyenda histórica que los historiadores repiten por rutina o por pereza. Es preciso que los profesores, maestros, y lectores en general, aficionados de la historia, reaccionen contra esta mentira que domina en los ambientes oficiales y cultos, y hace perdurar, especialmente en los textos argentinos, la tradición de una revolución nunca existida y de unos planes de traición a la nacionalidad hispanoamericana que nunca nadie concibió... estos historiadores defienden sus páginas cargadas de prejuicios e imaginaciones... Digan lo que quieran los autores que se sienten aludidos. La nueva historia está en marcha y todos los esfuerzos que se hagan para detenerla serán en vano.

La apuesta a la objetividad que López prometió estuvo lisiada no obstante, con descripciones a lo mitrista y el permanente uso de un condimento moral en la historia. Es claro cuando escribió sobre los hombres que ‘en nombre de la libertad’ se alzaron contra el absolutismo del trono recuperado de Fernando VII: ‘no querían romper el imperio, no eran traidores; eran amantes de la libertad... imposible era seguir unidos a una Península donde imperaba el absolutismo. San Martín y Belgrano, los santos de la patria, así lo comprendieron y así lo aconsejaron a los hombres de Tucumán. El congreso no vaciló y el 9 de julio de 1816 se levantó a la faz de la tierra una nueva y gloriosa nación. Fue el triunfo de los ideales más nobles y sublimes del hombre y de Dios. Oíd mortales, el grito sagrado: ¡Libertad! ¡Libertad! ¡Libertad!’ (1883; tomo 7; 659).

Los debates en la esfera pública

Antes de adquirir formato libresco, las distintas versiones de la historia nacional se fueron publicando en forma de artículos en la prensa periódica. Es en ella donde nació la historiografía argentina hacia mediados del siglo XIX, y fue ella la que posibilitó que los debates entre intelectuales se convirtiera en una cuestión de interés público. Fue también central al diseño de construcciones político-culturales del país dada la ausencia de una estructura institucional que reuniera en materialidades y contenidos las evidencias de un pasado común –aquí puede inscri-

birse el fallido intento de Mitre por instaurar el Instituto Histórico y Geográfico del Río de la Plata hacia 1854. Los periódicos dieron a las discusiones, debatidas comúnmente en clima tertuliar, una publicidad nueva. A la par del surgimiento y crecimiento de la historiografía, se fue gestando ‘una apreciable expansión de las librerías e imprentas, fenómeno que ejerció sus efectos en la dinámica intelectual, en la cultura escrita, y favoreció la circulación de textos y documentos’ (Devoto y Pagano; 2009; 34). Las imprentas se convirtieron en ámbitos de sociabilidad y espacios de reunión de grandes figuras intelectuales y protohistoriadores; tertulias en definitiva, con una renovada vocación por pulir sus ideas y argumentos antes de volcarlos al papel circulatorio. Como explica Nora Pagano, la incipiente esfera pública, nutrida a partir de la prensa gráfica y periódica, se convirtió rápidamente en una arena donde se formaron reputaciones y símbolos: cuando Ernesto Quesada reflexionó sobre el ‘temible poder del diarismo’ se refirió a la peligrosidad que inspiraba la vinculación de muchos ‘hombres ligados a la propiedad... a la gestión de la empresa periodística’, convirtiéndolos en lo que Alberdi había definido como los ‘caudillos de la prensa’ (Pagano; 2009; 19).

A modo de cierre

Hacia 1910 Joaquín V. González sintetizó la relevancia de los libros de Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López en la construcción de la nacionalidad argentina, a partir de un reconocimiento de que sus obras habían fundado ‘*el basamento de la grande historia o (habían bosquejado) con líneas bastante definidas sus caracteres permanentes; de manera que, aún cuando hubiesen de variar hasta el infinito las modalidades, aspectos y sistemas ulteriores, ya no (sería) posible alterar aquellas líneas y rasgos fundamentales*’ (en Roldán; 1993; 26). La representación de Belgrano, y la forma en que lo recordaría la posteridad, constituyó una de esas creaciones inalterables.

En esta línea de razonamiento es también curioso ahondar, por ejemplo, en el hecho de que se festejara en 1910 el centenario de Mayo como el cumpleaños de la patria, puesto que el 25 de Mayo de 1810 lo que nació fue la Primera Junta de Gobierno, un órgano que respondía

todavía a la autoridad del rey cautivo de España. Aquellos fue claramente descrito en las obras de Mitre y López, sin embargo, 1910 fue la fecha elegida, y otras de legitimidad similar no, como 1908, a cien años de la invasión napoleónica de España, o 1916, a cien años de la independencia argentina. La elección de optar por 1910 se diluye así en un sentido común difícilmente rastreable. Con lo cual, ¿por qué fue 1810 una fecha más memorable que 1808, 1816, 1862, 1880 para marcar el comienzo de la historia argentina? La respuesta que puede esbozarse es que cuanto más nobles fueran los hechos relatados, más excitante sería la periodización de la historia nacional. No hay nación que no se haya valido de ella en forma provechosa, al menos no en su etapa constructiva. La historia ha sido la primera invención de tradiciones en todas las naciones, inclusive la argentina.

Referencias Bibliográficas:

Shumway, Nicolás (1991), *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires, Emecé

Obras completas de Bartolomé Mitre, (1942), Edición ordenada por el H. Congreso de la Nación Argentina, Buenos Aires

Devoto, Fernando y Pagano, Nora (2010/2009), *Historia de la Historiografía Argentina*, Buenos Aires, Sudamericana

Gossman, Lionel (1986), 'La historia como desciframiento. Historiografía romántica y descubrimiento del Otro', Traducción de Matías Philipp, *New LiteraryHistory*

Botana, Natalio (1991), *La libertad política y su historia*, Buenos Aires, Sudamericana

Anderson, Benedict (1993/1983), *Comunidades Imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica

Romero, Luis y De Privitellio, Luciano (2000), *Grandes discursos de la historia argentina*, Buenos Aires, Aguilar

Chiaromonte, José Carlos (2007/1997), *Ciudades, provincias, estados: orígenes de la nación argentina (1880-1846)*, Buenos Aires, Emecé Editores

Alberdi, Juan Bautista (1991/1912), *Grandes y Pequeños hombres del Plata*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra

López, Vicente Fidel (1957/1883), *Historia de la República Argentina. Su origen, su revolución y su desarrollo político hasta 1852*, Buenos Aires, Editorial Sopena Argentina

Mitre, Bartolomé (1877), *Historia de Belgrano y de la Independencia Argentina*, Buenos Aires, Editorial Jackson de Ediciones

Devoto, Fernando (2002), *Nacionalismo, fascismo y tradicionalismo en la Argentina moderna: una historia*, Buenos Aires, Siglo XXI Editora Iberoamericana

Botana, Natalio (1985/1974), *El orden conservador*, Buenos Aires, Hyspamerica Ediciones Argentina

Roldán, Darío (1993), *Joaquín V. González, a propósito del pensamiento político-liberal (1880-1920)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina